

XI.

Treinta años despues.

El corazón de la señorita de la Rigaudie latía bastante mientras el landó en que iba subía la cuesta que conduce á la plaza de la Esplanada y á la calle de Postas. Se le figuraba que Fournier arreaba demasiado á los caballos y que éstos no iban bastante de prisa. Tenía á la vez deseo y miedo de llegar. Y, sin embargo, jamás había sabido lo que era temor; pero nunca se dirige uno á un cementerio sin angustia, y sobre todo, tratándose de esos cementerios vivos, que son los seres á quienes se ha querido

¿Cómo iba á acogerla Chambaraud? ¡Ah! eso no tenía que preguntárselo! ¿No debía mostrarse agradecido de semejante paso? ¿No faltaría más sino que frunció las cejas! Ir á buscar á semejante hombre, á un antiguo convencional, ya era un sacrificio bastante grande ¡Ah! ¡si no hubiese escuchado más que á su rencor!... pero se trataba de Solignac. ¡Solignac podía morir! ¡Era preciso un nombre para aquel hijo! Y tendría el nombre y además la fortuna de los la

Rigaudie. Cuando el mundo se entere de la aventura, se burlará de Rosa-Emma; pero que el universo entero llegue á reirse, poco le importa á ella. Enrique se salvará, Enrique vivirá, Enrique será feliz... ¡y lo demás que vaya como quiera!

Estas reflexiones se hacía cuando Fournier le presentó la mano para ayudarla á bajar. Plantade había abierto la puerta principal de la calle y por poco se cae de espaldas cuando Fournier le dijo:

—¡La señorita de la Rigaudie desea hablar al señor Chambaraud!

—¿La señorita de la Rigaudie? — dijo Plantade.

Y no se movió del sitio.

—¡Anda, zopenco! — le gritó desde el fondo del landó la señorita de la Rigaudie, que aun no había echado pié á tierra.

En otro momento cualquiera, Plantade no hubiera aceptado la palabra *zopenco*, pero entonces ni la oyo siquiera.

Mientras que el Limosino se alejaba turbado, tambaleándose como un hombre borracho, la señorita de la Rigaudie vió en el fondo de la avenida de entrada un rostro pálido, una mujer de luto, envuelta en pieles, que atravesaba el jardín y que de lejos la saludó, aunque sin acercarse á ella.

—¡Es Teresa! — se dijo la solterona — ¡Aquí Teresa! ¡Ah! ¿será el ciudadano Chambaraud el tío de que me ha hablado Solignac? ¡Qué casualidad!

Teresa había desaparecido y Plantade volvió encarnado como un gallo, congestionado y balbuceando que Chambaraud esperaba á la señorita de la Rigaudie.

Toda la casa estaba en conmocion. Chambaraud había mirado á Plantade, creyendo al principio que se había vuelto loco. Julia, se preguntaba qué significaba aquella visita; una señorita de cualquier cosa en el viejo hotel de la calle de Postas. Y Chambaraud, que estaba almorzando un alon de pavo rociado con una copa de vino de la *Cote-rotie*, había arrojado su servilleta, rechazado el plato y soltado la copa.

—¿Qué significa esto?...—se decía Julia.—Con tal que no concluya con una indigestion!

Chambaraud había abandonado el comedor, pasando á su vasto despacho en donde estaban amentonados papeles y libros. Estaba pálido y trémulo y recordaba con una especie de terror, aquel humilde cuartito de Solignac y aquella noche de junio embalsamado... Treinta años habían pasado y ¡cuántas lágrimas en aquellos treinta años!

Abrióse la puerta y la señorita de la Rigaudie apareció, mirando, sin decir una palabra y encontrando en aquel *bebedor de sangre* un aspecto muy noble y respetable. Chambaraud buscaba en las facciones huesudas de la solterona el rostro adorado de aquella amazona que sacudía con el látigo, las ramas de los castaños.

Estremecióse de piés á cabeza, porque la vision presente no destruía la vision pasada. Era otra mujer, pero no obstante, era *ella*. En el

respeto de entonces aun había el amor de otro tiempo.

Así, despues de dos existencias tan diferentes, aquellos dos seres que se habían separado al dia siguiente de una hora de fiebre, se volvian á ver envejecidos por la edad y rudamente probados por la vida.

Miráronse sin atreverse á hablar, tímidos y cortados, como si ocultara alguna herida que temiesen abrir.

Por fin, con voz ahogada, que trataba de parecer firme:

—¡Debeis comprender—dijo la señorita de la Rigaudie—que se necesita una razon muy grave para que yo haya venido á turbaros en vuestro retiro!

—Mi retiro no está cerrado más que á los importunos—repuso Chambaraud.

—¡La suerte—continuó la solterona—nos ha obligado á vivir separados, y ella misma nos obliga por un momento á reunirnos!

—¡No os comprendo!—exclamó Chambaraud.

—Caballero—dijo la señorita de la Rigaudie (y en seguida sintió haber pronunciado la palabra *caballero*, que hizo hacer un movimiento á Chambaraud),—los hombres y las mujeres pueden destrozarse cuanto quieran unos á otros en este mundo, pero les está prohibido, bien lo sabeis, por una ley de honor que vale más que todas las leyes que vos y los vuestros... dispensadme... les está prohibido, repito, hacer sufrir con sus errores, sus querellas y sus odios, ¡á esos inocentes que se llaman hijos! Pues bien...

La solterona observaba la sorpresa que expresaba el rostro de Chambaraud.

—¡Pues bien, tenemos un hijo caballero!

El ex-convencional pegó un brinco...

La señorita de Rigaudie había dicho aquello con el aire más tranquilo y más sensato; no cabía duda de que gozaba de todo su juicio.

—¡Un hijo!

—Un admirable hijo!

—¿Vos un hijo?

—¡Vos y yo!

—¿Un hijo?

—¡Al que conocéis por cierto!

Chambaraud se arrancó bruscamente la corbata; la sangre se le subía á la cabeza y se ahogaba.

—¿Queréis que llame?—dijo la señorita de Rigaudie.

—No, muchas gracias, estoy mejor... Verdaderamente, una revelacion semejante...

—No me perdoneis nunca haber tardado tanto en hacérosla....: pero ¡vive Dios! que nunca os la hubiera hecho si no me viese obligada á ello ... Si, ese hijo, cuya existencia os he ocultado, guardándolo para mi y gozando de su mirada, de su sonrisa y de su cariño... ¡es un héroe, os lo aseguro! ¡Se llama el coronel de Solignac!

—¡Solignac!—repitió Chambaraud, cuyo rostro se iluminó con un relámpago de orgullo satisfecho.

Vió de repente aquella delicadeza unida á la fuerza, aquella cabeza altiva, aquella mirada leal, aquel hermoso soldado que se llamaba

Solignac .. ¡y era su hijo, y la sangre de sus venas corría por las venas de aquel héroe!

—¡Sí, Solignac!—repitió la señorita de la Rigaudie con orgullo.—Por lo menos, no podreis reprocharme que no he hecho un hombre de él.

—¡Mi hijo!—decía Chambaraud.

—¡Nuestro hijo!—recalcó la señorita de la Rigaudie.—¡Oh! comprendo que esteis estupefacto... pero á lo menos no tendreis que avergonzaros como yo cuando se sepa... ¡En fin, no hablemos de eso! ¡Durante treinta años me he acostumbrado á esa idea! ¡Pues bien!... ¡nuestro hijo, el coronel, ese querido y desgraciado muchacho está enamorado!

Chambaraud la escuchaba entre alegre y desconfiado. Le parecía que soñaba despierto.

—¡Está enamorado—continuó la solterona—y le rehusan la mano de la que ama! ¡Por qué? ¡Ya debeis adivinarlo!

—¡No!

—¡Porque no tiene apellido!... Si, ya se lo que vais á decirme—añadió viendo inyectarse los ojos de Chambaraud—que Solignac vale todos los apellidos del mundo. Esa es mi opinion, pero el señor de Navailles está sordo de esa oreja...

—¿El señor de Navailles?

—¡Un aristócrata!

Chambaraud, estupefacto, miró á la señorita de la Rigaudie.

—Sí, un aristócrata—repitió.—Es tan estúpido que me hace hablar como vosotros los regis... En fin, que me saca de mis casillas... y me haría comprender...

—¿El qué?

—Nada. En suma, que rehusa. Quiere un nombre ese marqués Veto. ¡Pues bien, ese nombre lo tendrá!

—¿Cómo?

—¡Caballero!—dijo la señorita de la Rigaudié levantándose, y con tono resuelto,—para que el coronel de Solignac sea hijo legítimo, es preciso que su padre y su madre estén unidos por los lazos del matrimonio... ¡Pues bien, para eso he venido!... ¡Sylvan Chambaraud, aquí está mi mano!

Chambaraud, deslumbrado, veía girar los objetos á su alrededor y un velo negro con puntos luminosos se extendía delante de sus ojos.

Pero no contestaba.

—¿Os negáis?—dijo la señorita de la Rigaudié.

—Comprendo que esto es una locura—añadió en seguida;—¡pero una locura que salva la vida á nuestro hijo, es una locura buena y hermosa!

—Estoy esperando—dijo de nuevo.

—¡Mi nombre, mi vida y mi completa adhesión son vuestros, señora!—exclamó Chambaraud pálido y con lágrimas en los ojos.

—¡Señora pronto... todavía señorita!—contestó la solterona.—¡Vamos, no he perdido el día! Pero entended que esta unión quedará rota el mismo día que quede contrada. ¡Yo me marcharé al Limosin y vos permaneceréis aquí, de modo que no nos volveremos á ver más!... ¡Sólo que nuestro hijo será feliz, y ¡vive Dios! que ya es algo!...

—¡Nuestro hijo!—repitió Chambaraud.

Y con el ardiente tono de una súplica:

—¿Sabe el secreto de su vida?—preguntó.

—Lo ignora todo; pero ya se lo diremos cuando esté próximo el matrimonio.

—¡Ah!—dijo Chambaraud—¡qué hermoso sueño, si, hace treinta años...

—Dejemos el pasado... y casémonos como los vuestros... sin frases!

—Es que yo siempre os he amado.

—¿Siempre?

—¡Siempre!

La señorita de la Rigaudié exhaló un hondo suspiro.

—Y yo, ¿quién sabe? ¡Os hubiese amado... quizás!

Incorporóse bruscamente.

—¡Bah!—dijo.—¡Lo que ha muerto, muerto está! Ocupémonos de los vivos. Supongo que os encargareis de ver al alcalde. Aquí teneis mis pergaminos.

Y dejándolos en manos de Chambaraud.

—No olvideis ni uno solo de los títulos de mi padre el marqués! Lo digo para ese aristócrata de Navailles. Es preciso probarle que mi hijo es de una raza que vale tanto como la suya.

No era posible que Solignac dejara de enterarse en seguida de la increíble aventura que modificaba tan profundamente su vida y que había dejado todo un día estupefacto á Sylvan Chambaraud.

El coronel sabía ya que la señorita de la Rigaudié era su madre y la solterona misma fue

quien le dijo el nombre que en adelante iba á llevar.

—¡Te llamarás Chambaraud!

—¡Chambaraud! —dijo Enrique!—¿Es el convencional que conocia Claudio Rivière?

—¡El mismo!

—¡Es un hombre de honor y un gran ciudadano! —dijo el coronel.

—Ciudadano cuanto quiera. Hombre de honor á Dios gracias. ¡En fin, es tu padre! El marqués de Navailles vá á encontrarle demasiado popular y republicano, pero ¡vive Dios! que será preciso que acepte al nieto del marqués de la Rigaudie!

Aquella misma tarde, Solignac fué á llamar á la puerta del antiguo convencional.

—¿Quién es, Plantade? —preguntó Chambaraud.

Desde por la mañana, Plantade lo sabia todo.

—¡Ciudadano, es vuestro hijo!

Solignac, al entrar, alargó la mano á Chambaraud; éste abrazó fuertemente al militar.

El corazón herido de Solignac no estaba más expuesto á estallar que el del convencional.

—Hace mucho tiempo que os admiraba —dijo al coronel—ahora voy á quererlos.

Solignac le habló de sus combates, de sus amores y de sus sufrimientos.

—Los dolores que causa un amor como el vuestro, los conozco, hijo mio. ¡He ahogado yo tantos sollozos! ¡He devorado tantas lagrimas! Y cuando pensaba en el pasado no sabia, ¡desgraciado de mí! que tenia un consuelo, que me

arrebataban un hijo que iba creciendo... ¡Vos..., vos, mi hijo!...

Y contemplaba al coronel con viva emocion.

—No sabia—continuaba diciendo—toda la ternura que encierra esa palabra: ¡hijo mio!... ¡Tú, hijo mio!

La señorita de la Rigaudie se habia hecho anunciar de nuevo en casa del marqués de Navailles y, á pesar de éste habia penetrado hasta sus habitaciones.

Entonces, con tono solemne y aire radiante, dijo:

—Me habeis dicho, marqués que el marido de la condesa de Farges debia tener un apellido. El hombre á quien ella ama lo tiene ya y tengo el honor de pedirlos la mano de la señora condesa Luisa de Farges para el coronel Enrique Chambaraud de Solignac, hijo de Sylvan Chambaraud, un antiguo diputado de la Convencion nacional, y...

—¿Estais loca?—exclamó el marqués.

—Y de Rosa-Emma de la Rigaudie, aquí presente, hija del muy noble señor Juan Leonard, marqués de la Rigaudie, baron de Auriat, Sanzillon, Saint-Junier y la Brugere, caballero de la orden real y militar de San Luis, comendador de las órdenes de Saint-Lazare y de Notre-Dame du Mont-Carmel y coronel del regimiento de dragones-Penthievre!

El anciano marqués se hallaba estupefacto.

—Inútil creo añadirlos, señor marqués—continuó la señorita de la Rigaudie,—que como en nuestra casa lleva tambien la nobleza la mujer,

el coronel puede reivindicar con mi fortuna todos los títulos de su abuelo.

El señor de Navailles no contestaba.

—Tiene un nombre, es noble y será rico—prosiguió la señorita de la Rigaudie.—¿Qué respondeis?

La puerta del salón se abrió y por ella apareció Luisa.

—Señor marqués—dijo con acento suplicante: ¡en nombre de mi padre, concededme lo que ha de ser la felicidad de mi vida!

El anciano estaba pensativo. Se rascaba la frente y no contestaba. Parecía buscar alguna idea, algún recuerdo confuso.

Con un gesto brusco y como de costumbre, llamó a Lanjallais.

Aquella ciencia ambulante del blason, se presentó enseguida.

—Lanjallais—dijo el anciano marqués.—Vos que todo lo sabeis, ¿podeis decirme si estoy equivocado al creer que un de Farges se casó con una la Rigaudie?

El señor Lanjallais reflexionó un momento, y luego, con su gravedad imperturbable contestó:

—El señor marqués no se equivoca. Luis-Scipion de Farges se casó el 1.º de julio de 1642 con Clotilde-Armanda de la Rigaudie, de los que nacieron...

—Basta—dijo el marqués—soy supersticioso y acabo de reflexionar que si ese matrimonio se efectuó realmente, es que debo consentir en el de mi nieta con... ese coronel. Cada uno tiene sus debilidades... Me dije que si no me equi-

vocabá era que mi cerebro aun está firme y que pasaré de los cien años. ¡Condesa, casaos con vuestro coronel, pero acordaos de que yo no le he de llamar nunca más que el coronel de la Rigaudie!

—Y no tendrá por qué avergonzarse—repuso la señorita Rosa-Emma.

Luego volviéndose hácia Luisa:

—Abrazadme, hija mía—la dijo.

Solignac fué aquella tarde feliz, y, si la dicha matara, de seguro el coronel hubiera muerto aquel día.

Castoret, encantado, no podía dormir; ¡tan grande era su alegría! Un poco más tarde también se casaría con Catissú.

Y, con la ventana abierta que dejaba penetrar el frío viento de noviembre, se puso á cantar una canción popular limosina.

De repente se interrumpió, frunciendo las cejas y acariciando como tenia por costumbre, los perdigones de sus bigotes.

—¡Y el bribón de Ciampi! ¿Qué habrá sido de él?